

La huella de sus gentes

IV



Página anterior:

El descenso de navatas se recuperó en 1983.

Eugenio Monesma graba ese primer viaje por el río Cinca

SEVERINO PALLARUELO CAMPO

Presenta en Sobrarbe una gran variedad: entre el agrupamiento de las viviendas en núcleos compactos, con una densidad de edificios muy notable, y la dispersión absoluta, aparecen todos los posibles modelos intermedios. El núcleo más frecuente en la comarca es el formado por una agrupación pequeña de casas –entre cinco y cincuenta– que se alzan unas junto a otras formando un plano más o menos estructurado que parece responder a un crecimiento espontáneo surgido sin planificación previa.

Este modelo de hábitat, con aldeas o pueblos muy pequeños y bastante próximos, es el mismo que se encuentra en todo el Pirineo aragonés. Responde a un tipo de ocupación y de explotación del territorio que se adapta bien al relieve difícil y a la escasez de suelo agrícola, de modo que los núcleos habitados se instalan en los lugares donde existen algunas tierras cultivables. Resultó útil mientras prevaleció un sistema casi autárquico, pero ha sucumbido con facilidad ante la llegada de la economía de mercado y de las comunicaciones. La distribución de la población en docenas y docenas de pequeñas entidades repartidas por los valles, por las laderas y por las cumbres, respondía a la necesidad de residir junto a las tierras que se cultivaban. Cuando se ha dejado de labrar los bancales escalonados que rodeaban las aldeas, la permanencia de los vecinos en las casas ha perdido el sentido. ¿Qué se puede hacer en una casa emplazada en la soledad de los montes cuando ya no se depende del entorno para vivir? Eso se preguntaron hace cuatro décadas muchos montañeses y la respuesta la ofrecieron emigrando: no hay otra comarca en Aragón con tantos pueblos deshabitados como Sobrarbe.



Caserío de Ainsa

Las villas

Son los pueblos mayores de la comarca. Algunos –como Aínsa, Boltaña o Bielsa– siempre tuvieron esta consideración, que en ciertos casos iba unida a su función como núcleo organizador –en lo administrativo y en lo comercial– de un grupo de aldeas que se alzaban en su entorno. En los documentos antiguos siempre que se cita Bielsa se hace alusión a su condición de villa y con frecuencia se habla de «la villa y sus aldeas» para resaltar la unidad que formaban, pero también para establecer una jerarquía. El mismo tratamiento se aprecia en los documentos que hacen referencia a Boltaña y a los pequeños núcleos –las aldeas– situadas en su entorno. Pero no se trata aquí de estudiar la relación entre las villas y las entidades de población próximas –que no siempre dependían de ellas– sino sólo de señalar su presencia y su importancia en el hábitat comarcal. Al margen de la consideración oficial de villas, podemos señalar como tales los núcleos con más de cien casas que se agrupan en cascos densos, con calles bien definidas y viviendas entre muros medianiles. Se trata de pueblos que contaron tradicionalmente con comercios y con artesanos –herreros, carpinteros, albañiles, tejedores– que cubrían las necesidades locales y las de las aldeas próximas. Todos los núcleos de este tipo se sitúan junto a los grandes ríos –Cinca y Ara– y en la parte baja de los valles, junto al antiguo camino o la carretera. Son los núcleos que mejor resistieron los embates de la emigración que asoló la comarca entre 1960 y 1970. En la actualidad, aunque sufren los problemas demográficos característicos del mundo rural, no presentan una situación tan alarmante como los núcleos más pequeños. Son pocas las villas de Sobrarbe: además de las citadas quizá sólo Torla, Broto, Labuerda y Laspuña podrían tener este tratamiento.



Las villas de Sobrarbe se agrupan junto a los grandes ríos: el Cinca y el Ara. Imagen cenital de Torla

Los viejos cascos urbanos más densos se encuentran en Boltaña y Ainsa, las dos villas principales. No presentan excesiva regularidad en el trazado viario si se comparan con algunas poblaciones de otras comarcas cuyo desarrollo medieval siguió un plano ortogonal, pero las alineaciones de sus fachadas, adaptadas al relieve y bien organizadas, responden sin duda a un proyecto y no son fruto de la espontaneidad. En la comarca sólo aparece un plano antiguo que denota con claridad su origen en un proyecto planificado de base ortogonal. Es el de Laspuña. En este pueblo frente al llamado Barrio Viejo, cuyo plano tiene un cierto aire radiocéntrico con algunos adarves, se encuentran varias calles rectas, trazadas en la parte alta y llana de la terraza fluvial, que se cruza en ángulo recto siguiendo, sin duda, un proyecto que quizá se trazó en los últimos tiempos medievales.

La parte alta del valle de Gistau presenta un tipo peculiar de hábitat. La presencia de tres núcleos grandes y abigarrados –Gistaín, San Juan y Plan– muy próximos constituye el rasgo más destacado de este modelo. La otra particularidad que lo caracteriza es la existencia de poblados estacionales formados por bordas que permiten la explotación de los prados más alejados de los pueblos.

Los lugares

Como ya se ha señalado los núcleos formados por una agrupación de entre cinco y cincuenta casas constituyen las unidades más características del hábitat de Sobrarbe. Hay valles enteros –como Vio, Solana o Puértolas– que no cuentan con otro tipo de núcleos: no hay en ellos villa alguna ni apenas hubo viviendas dispersas. Los lugares se sitúan repartidos por las laderas de los interfluvios, por las cumbres y por las riberas de los ríos con cierta regularidad: cerca unos de otros de modo que desde cada núcleo se suelen divisar los dos o tres más próximos.

En algunos casos cuentan con calles flanqueadas por casas alineadas que comparten muros medianiles, pero con frecuencia las construcciones se levantan unas cerca de otras sin formar verdaderas calles, sin guardar alineación alguna y sin medianerías. En ocasiones, los edificios agropecuarios –corrales, pajares– se alzan entre las viviendas, adosados a ellas o exentos y compartiendo vecindad con eras y con huertos hasta constituir una nebulosa edificatoria hija de la espontaneidad funcional y ajena a la planificación. En otros casos los pajares y las eras se sitúan en las afueras formando una corona en torno a las casas.



El valle de Puértolas alberga núcleos de población que no superan las cincuenta casas

Este tipo de hábitat ha sufrido con dureza la despoblación, sobre todo cuando se trata de lugares situados en laderas altas y ásperas –como las de los valles de Solana, Vio y Puértolas– o en las depresiones margosas del sur de la comarca.

Hábitat polinuclear

Entre el hábitat concentrado y el disperso hay un modelo intermedio, se trata de pueblos formados por diferentes barrios alejados entre sí y constituidos a modo de pequeñas aldeas con tres o cuatro casas cada una. Los ejemplos más sobresalientes se sitúan en el corazón de la comarca: Guaso, Banastón y Muro de Roda responden a este tipo de hábitat.

Hábitat disperso

La dispersión del hábitat parece seguir en todo el Pirineo aragonés una franja que se sitúa entre el Pirineo Axial y Las Sierras Exteriores, más cerca de éstas que de aquél. Las casas dispersas abundan en el centro del Sobrarbe o en la mitad meridional. Son especialmente abundantes en los antiguos municipios de Guaso, de Castejón de Sobrarbe, de Arcusa y de Olsón y también en la Fueva.

Es el tipo de hábitat que más ha sufrido con la despoblación. Casi todas las viviendas dispersas que estaban habitadas a mediados del siglo XX se encuentran actualmente abandonadas.

El hábitat estacional

En algunas zonas de prados alejados de los núcleos de población se levantan bordas para almacenar el pasto y estabular las vacas. Las bordas son particularmente abundantes en los valles de Bielsa y de Gistau. Adosada o próxima a la borda se levanta una casita –cabana– donde se puede pernoctar y encender fuego. Las bordas constituían un hábitat estacional, pero actualmente han perdido ese carácter: ni los pastores ni quienes acuden a segar la hierba pernoctan en ellas.

También han dejado casi de ser un hábitat estacional las majadas de los puertos. Tradicionalmente los ganados trashumantes han pasado tres o cuatro meses en las montañas tras ascender, en junio, de la Tierra Baja o La Ribera donde habían pastado en invierno. Repartidas por todos los puertos de Sobrarbe, en alturas comprendidas entre 1.500 y 2.500 m, hay cientos de toscas construcciones en las que se han alojado los pastores durante siglos. Todas las viejas majadas presentan un estado ruinoso derivado de su abandono desde hace tres décadas. Los



Construcción pastoril o hábitat estacional. Borda en Gistáin

escasos pastores trashumantes que permanecen junto a su ganado en los puertos durante el verano, se alojan en majadas algo más amplias y modernas.

En las ásperas sierras del corazón de la comarca existen campos de cultivo escalonados en montes alejados de los pueblos. Se trata de fincas más o menos extensas que recibieron diferentes nombres –masadas, panares, cubilares o pardinas– pero con características comunes: campos de cereal, lejanía del pueblo o de la aldea y presencia de una vivienda, casi siempre muy elemental, de uso estacional. Se residía en la masada sólo en las temporadas de la siembra o de la siega. Este tipo de hábitat fue el primero en abandonarse. En la actualidad los campos abandonados apenas se reconocen, cubiertos por la espesura, y las construcciones están arruinadas.

La arquitectura

Las casas de la comarca se han levantado tradicionalmente con piedra trabajada en forma de mampuestos recibidos con argamasa de cal o de barro y en ocasiones –escasas– asentados en seco. La mampostería caracteriza toda la construcción. Apenas se han usado otros materiales, como la madera o el adobe, para los muros exteriores. Su empleo –la madera en los valles septentrionales y el adobe en el sur– sólo aparece con carácter anecdótico.

Entre las diversas clasificaciones, que pueden ayudar a organizar la descripción de las construcciones tradicionales, la que se basa en el material usado

para las cubiertas resulta útil porque se relaciona también con morfologías bien diferenciadas.

Las casas de la pizarra

Habiéndose vinculado históricamente la arquitectura con los materiales ofrecidos por el entorno más próximo, los tejados de pizarra sólo aparecían en los valles altos donde afloraba esta roca metamórfica, fácilmente exfoliable, que se da en el Pirineo Axial, asociada, casi siempre, a las aureolas metamórficas nacidas en torno al granito.

En Sobrarbe sólo hay pizarra en los valles de Bielsa y de Gistau. Se trata de pizarras con una gama cromática bastante amplia que va del gris azulado al negro pasando por diferentes tonalidades rojizas y vinosas. La pizarra, cortada en delgadas losas rectangulares, se clava en las tablas colocadas sobre el armazón de la cubierta. Al ir clavadas pueden colocarse en vertientes de pendientes muy notables que, además, admiten paños extensos porque el material resulta ligero. Así, las casas con techumbre de pizarra ofrecen perfiles caracterizados por la esbeltez derivada del ángulo agudo de la cubierta. A veces, la aparición de una doble pendiente en cada vertiente y la eliminación de los vértices de los hastiales, sustituidos por dos vertientes diminutas a modo de chaflanes, incrementan la gallardía de los volúmenes. En las amplias vertientes suelen abrirse ventanas, buhardas o lucanas de cierta amplitud, con la misma geometría de líneas limpias que exhibe el conjunto de la cubierta.

Este tipo de cubiertas se ha usado tanto en las construcciones levantadas dentro de los núcleos como en las bordas dispersas por los montes. En las viviendas la mayoría de los tejados tradicionales de pizarra han desaparecido sustituidos por otros de chapas o de pizarra importada. Queda un grupo de viejas cubiertas de pizarra en Chisagües y algunos tejados residuales en los pueblos del valle de Gistau. En las

bordas se han mantenido mejor las cubiertas tradicionales. En las bordas de Viadós se conserva uno de los más atractivos conjuntos de techumbre de pizarra de todo el Pirineo.



Tejado de pizarra en Chisagües (Bielsa)

Las casas de las losas

La losa de arenisca calcárea ha sido el material usado tradicionalmente para cubrir las construcciones en la mayor parte de la comarca. Estas

losas se vinculan a una litología más reciente que las pizarras. Afloran asociadas a terrenos margosos y a formaciones de *flysch*. Las canteras, llamadas loseras, se reparten por casi todo el territorio de Sobrarbe excluyendo los dos altos valles antes citados. Las losas son gruesas y muy pesadas. No se clavan sino que se asientan con barro sobre una base de ramas o de tablas –tillo, recha– conseguidas por hendimiento y no mediante la sierra. El asiento de las pesadas losas no permite pendientes fuertes, sobre las que se deslizarían, ni paños de gran tamaño por el extraordinario peso. Como consecuencia los edificios presentan volúmenes menos esbeltos, más pesados que los asociados a techumbres de pizarra. El grosor de las losas y su acumulación no permiten crear perfiles de una geometría tan limpia como la de los livianos tejados de pizarra. El resultado se manifiesta en inmuebles de aire macizo y pétreo, robustos, poco aéreos, muy pegados al suelo. En un símil ictiológico las casas de la pizarra serían truchas y las de la losa de arenisca barbos o carpas de cuerpos anchos y gruesas escamas.



Reparaciones en un tejado de losa de Sobrarbe

En la mayor parte de Sobrarbe resulta difícil encontrar viviendas que se presenten como un paralelepípedo limpio coronado por una cubierta sencilla de dos o cuatro vertientes. Sólo en las villas, donde la existencia de calles bien definidas y medianerías no permiten la aparición de volúmenes nuevos, es posible encontrar edificios de ese tipo en abundancia. En la mayor parte de los lugares las casas se presentan como el resultado de un sumatorio de volúmenes, construidos en diferentes etapas, que han dado como resultado un racimo. El edificio arracimado suele partir de un pequeño núcleo inicial de planta rectangular al que se han ido añadiendo nuevas construcciones de carácter residencial o agropecuario.

Techumbres fósiles

Las techumbres de paja de centeno o de tablillas de madera quizá abundaron antiguamente en los valles de Gistau y de Bielsa. Hasta nuestros días han llegado pocos inmuebles con cubiertas de ese tipo. Hay algunas bordas con tejado de paja en el valle de Gistau y algunas con cubierta de madera en el valle de Bielsa. Tal vez en el pasado se empleara más la paja y la madera para cubrir construcciones agropecuarias situadas en parajes alejados de las canteras de pizarra. En las fotos antiguas se ven más bordas con esos materiales y también se observa su presencia en los cascos urbanos. A comienzos del siglo XX había

casas en Bielsa, en Javierre y en Plan con cubiertas de madera y algunos edificios de Señes –valle de Gistau– tenían paja de centeno en la cubierta.

La teja árabe

En el sur de Sobrarbe muchas casas tienen cubiertas de teja árabe. Quizá en algún caso este tipo de techumbre responda a una tradición antigua, pero en general, parece que las tejerías no abundaron hasta comienzos del siglo XX. Por los volúmenes y las siluetas las casas con cubierta de teja se asemejan a las techumbre de losa de arenisca: predominan las líneas horizontales y cierta sensación de pesadez.

La casa-bloque y la casa-patio

Los dos modelos de casa que acostumbraban a describir los viejos geógrafos franceses se dan en la comarca en parecida proporción. En las villas abunda más la casa-bloque, que se desarrolla en altura y entre muros medianiles. Estas casas tenían los corrales y las cuadras en la planta baja y, a veces, contaban con un pequeño corral descubierto en la parte trasera. La casa-patio se desarrolla en torno a un espacio descubierto y cerrado al que se accede por un gran portalón.



Ejemplo de casa bloque en Sarsa de Surta

Alrededor de este patio se distribuyen los edificios de la vivienda y de las dependencias agropecuarias. En Sobrarbe este tipo de casa, con diferentes variantes, abunda más en los lugares y en las aldeas que en las villas. A veces la planta de los inmuebles dibuja una U. Un muro, con un portalón protegido mediante un tejadillo, cierra el lado que los edificios dejan libre. Con más frecuencia el inmueble forma una L y el corral se sitúa entre los dos brazos. En ocasiones el amplio corral se presenta como un espacio cerrado por un muro adosado a la casa en uno de sus lados.

Como se ha señalado, la casa-patio aparece en casi todos los núcleos de la comarca: las hay excelentes en los pueblos de los altos valles de la pizarra, con buenos ejemplos en San Juan de Plan y en Chisagües; en los pueblos del valle de Broto y de la Ribera de Fiscal, en el centro de la comarca, en La Fueva. Pero quizá abundan más en la mitad meridional: allí el clima, el relieve y el suelo permitían actividades agropecuarias más variadas, incluyendo el cultivo de la vid y del olivo que unidos al cereal, los almendros, las huertas y los frutales conformaban una agricultura rica. Junto al trabajo de la tierra, la ganadería –ovejas, cabras, alguna vaca– completaba la economía familiar. Todo esto tenía su reflejo arquitectónico en las grandes casas autosuficientes que contaban con bodegas y lagares, con almacenes para el cereal, con secaderos para ciertos productos hortícolas, con horno, con pozo, con amplias cuadras, con corrales, con pajares, con pocilgas, con gallineros y conejares, con era, con arnal o abejar.

Casi todas las dependencias agropecuarias se integran en el mismo conjunto de construcciones arracimadas donde se sitúa la vivienda. Sólo los pajares se suelen alzar exentos, al borde de la era. Pero en la mitad meridional de la comarca es frecuente encontrar la era y el pajar integrados en la misma unidad espacial que la vivienda y las dependencias anejas.

Las eras marcan otra diferencia importante entre los pueblos de la arquitectura y de la pizarra y el resto. En los valles del Pirineo Axial donde hay pizarra –Bielsa y Gistau– el cereal no se trillaba, tendido en la era, mediante un trillo arrastrado por animales sino que se desgranaba a golpes con el mayal. En el resto –en la mayor parte de Sobrarbe– las eras circulares y los pajares de amplios aleros sobre el hastial caracterizan la aureola más próxima al núcleo donde se agrupan las casas.

Chimeneas

Las amplias chimeneas han dado carácter a las casas de la comarca. No se diferencian apenas de las que se construían en las comarcas vecinas más occidentales (sur del Alto Gállego y de la Jacetania). La gran campana que se alzaba sobre el hogar y sobre los grandes bancos –cadieras– que lo rodeaban se solía



Chimenea en Espierlo

construir con un tejido de ramas recubierto con mortero de cal o de barro o bien con mampostería de ligeras toscas. Sobre esta campana, por encima del tejado, sobresalía un robusto tronco de cono, casi cilíndrico, levantado casi siempre con toscas y coronado por uno o dos tejadillos sobre soportes en cuya variada disposición solía esmerarse el constructor.

La agonía de un modelo

Sobarbe, una comarca históricamente mal comunicada y con un elevado componente de obligada autosuficiencia, ha llegado al siglo XXI conservando un importante legado de arquitectura tradicional. El extraordinario patrimonio etnográfico acumulado en las viviendas, en los edificios agropecuarios y en otras construcciones singulares vive un momento peculiar: acaba de ser inventariado, catalogado, divulgado y –en parte–

protegido cuando se han extinguido el modelo social y económico en el que se creó, las condiciones de aislamiento y autarquía en las que se desarrolló, la organización laboral que lo hizo posible y los conocimientos técnicos de los operarios que lo levantaron.

El atractivo que el modelo de hábitat tradicional y la vieja arquitectura tienen para quienes visitan la comarca queda fuera de toda duda. Juzgado de este modo el patrimonio de la arquitectura doméstica no se diferencia apenas del patrimonio artístico o del histórico. Pero tratándose, en el caso de la vivienda y de los edificios agropecuarios, de un patrimonio que está en manos de particulares y que se encuentra parcialmente en uso, su conservación resulta muy problemática.

Los amplios prados de siega de los valles más altos, los estrechos bancales de cereal que escalonaban los montes de los valles de Vio o de Puértolas y el





Mesón de Fuebla, en las inmediaciones de Campodarve

policultivo de los pueblos del sur de Sobrarbe –donde se combinaban en la misma parcela el almendro, la vid y el cereal– creaba paisajes agrarios muy atractivos. Estos escenarios han desaparecido y nadie cree seriamente que fuera posible su conservación o lo sea ahora su recuperación. Sin embargo sobre el patrimonio etnográfico construido parece que se puede actuar intentando su mantenimiento mediante normas de protección o por otros medios. Será difícil que se consiga e incluso cabe dudar acerca de la sensatez de intentarlo. ¿Existe algún fundamento razonable para impedir que quien sustituyó sus mulas por un tractor cambie en la cubierta de su casa las pesadas losas de arenisca por chapas o por tejas? ¿Es sensato impedir que alguien derribe el viejo pajar que no usa desde hace cuatro décadas? ¿Se podrá obligar durante mucho tiempo a construir fachadas de mampostería cuando se pueden levantar otras más sencillas, baratas y eficaces?

La casa

SEVERINO PALLARUELO CAMPO

La sociedad tradicional de Sobrarbe no ha sido una sociedad de individuos ni de clanes, ha sido una sociedad de casas. La casa como institución ha sido un organismo de tanta vitalidad y potencia que aún ahora, cuando todo lo que caracterizó la vieja sociedad ha muerto o presenta un estado agónico, la casa mantiene una presencia que se manifiesta, al menos, en los nombres. Todavía hoy los hijos de los pueblos de Sobrarbe que abandonaron las montañas hace más de treinta años para emigrar a Barcelona o a Zaragoza se tratan entre ellos no como individuos aislados sino como miembros de las viejas casas donde nacieron. Cuando hablan de alguien de la comarca siguen haciéndolo con la cita de su nombre seguido del nombre de la casa de la que procede. Aún ahora, en muchos casos, si les hablan del antiguo vecino de alguna aldea próxima a la suya tenderán a juzgarlo por las características de la casa a la que pertenecía más que por los rasgos personales del individuo, que en la vieja sociedad se sumergían y diluían en la fama propia de la casa.

Qué es

La casa es un concepto que engloba a una familia donde conviven tres generaciones, a la vivienda que habitan, a las construcciones agrarias y pecuarias que rodean la vivienda, al patrimonio agrícola, a los ganados y a toda la historia que el conjunto arrastra desde una época remota. Esta historia, a grandes rasgos, es conocida por los miembros de la casa y por los vecinos del lugar, que también conocen el poder de la casa, las habilidades o carencias que caracterizan a sus miembros y las relaciones de asistencia recíproca o de hostilidad que enlazan a cada casa con las otras del pueblo. Estas relaciones no se establecían entre individuos sino entre casas. La casa no proporcionaba a sus hijos sólo unas posibilidades patrimoniales o unos recursos sino que desde el nacimiento les daba ya unas referencias sociales y un



Casas en el valle de La Fueva

marco perfectamente establecido de relaciones cordiales u hostiles en el que se desenvolverían a lo largo de toda su vida.

El nombre

Cada casa tiene un nombre. Con mucha frecuencia este nombre corresponde a uno de los apellidos más abundantes en la comarca, relacionados casi siempre con nombres de pueblos: Campo, Bestué, Buisán, Lascorz, Salinas, Buerba. También es frecuente designarlas con el nombre de una persona: Martín, Miguel, Valentín, Ángela, Juana. También aparecen, aunque con menor frecuencia, los nombres de oficios: Ferrero, Albeitar, Teixidor, Sastre.

Estos nombres se pusieron en algún momento indeterminado y continuaron designando a la casa aunque luego cambiara el apellido de sus miembros o el oficio. Los nombres de las casas no son inmutables pero en muchos casos se han mantenido durante siglos aunque también es frecuente su modificación cada cuatro o cinco generaciones.

Si bien es cierto que cada casa va vinculada a un nombre, su identidad se perdía si quedaba vacía y era ocupada por una nueva familia llegada de otra casa: esta familia traería el nombre de su antigua casa o la recién ocupada, que dejaba de llamarse con el nombre de sus antiguos vecinos y pasaba a recibir el que traían los nuevos.

La herencia

En Sobrarbe toda la herencia del patrimonio familiar ha recaído tradicionalmente en uno de los hijos o hijas. La tradición del heredero único se ha mantenido durante siglos y ha llegado hasta nuestros días con notable vitalidad. No era siempre el hijo mayor y ni siquiera un hijo varón: la potestad de designar en quién había de recaer la sucesión estaba en manos de los padres, que usaban de ella con entera libertad adjudicando la herencia al hijo o hija que más les conviniera.



Caserío de Morillo de Sampietro

La designación del heredero o heredera se efectuaba cuando se casaba quien iba a recibir la herencia. Previamente los acuerdos entre los padres de los dos contrayentes se habían plasmado en un documento privado de pactos al que se daba categoría de escritura pública de capitulaciones, ante notario, una vez celebrado el matrimonio o en los días anteriores.

Las casas de Sobrarbe han sido muy conservadoras. En muchas es posible encontrar, bien guardadas en las arcas y alacenas, las capitulaciones matrimoniales de 15 ó 20 generaciones de amos de la casa que siguen una línea iniciada hace cuatro o cinco siglos. En esencia –e incluso en la forma– estas capitulaciones apenas han variado: son extraordinariamente parecidas las que se firmaban en el año 1550 y las firmadas en 1950. Señalan el nombramiento como heredero o heredera de uno de los contrayentes y también se cita la dote aportada por el otro cónyuge indicando la cuantía de la misma y los plazos en los que será abonada, así como los plazos –casi siempre dobles– en que habrá de ser devuelta en caso de morir sin descendencia quien la aporta.

Se indica que sólo un hijo o hija de quien acaba de ser nombrado heredero podrá recibir la herencia y se señala la libertad de los contrayentes –de común acuerdo o sólo uno si ha fallecido el otro– para designar al heredero o heredera. Si ambos contrayentes fallecen sin efectuar el nombramiento, un consejo de familia se ocupará de designar un heredero entre los hijos e hijas de los difuntos. El heredero habrá de dotar a sus hermanos y hermanas cuando se casen «según el haber y poder de la casa» y estará obligado a mantenerlos si no desean casarse siempre que trabajen para la casa.

Los hermanos solteros del amo que permanecían en la casa constituían una fuerza de trabajo de gran valor. Cuando se hacían mayores recibían el nombre de tiones. Los tiones –abnegados, sumisos y laboriosos– garantizaban con su trabajo la realización de las tareas agropecuarias más duras.

La familia

En la casa convivían los abuelos (amos viejos), los padres (amos jóvenes) y los hijos. El amo viejo cuando firmaba las capitulaciones en las que nombraba heredero al hijo o a la hija se reservaba el «señorío mayor» de la casa e incluía una cláusula garantista según la cual el heredero se obligaba a la obediencia, al respeto y a la manutención de los padres y de los hermanos no casados «así en salud como en enfermedad».

Las convivencias de tres generaciones en una casa, con la presencia añadida de tiones y –en ocasiones– de criados y de pastores, no estaba exenta de tensiones y de dificultades. Las iniciativas personales o las tendencias y gustos individuales se veían sofocados por la omnipotente presencia de la tradición y por la autoridad del amo. No era un mundo hecho para la libertad del individuo: estaba diseñado sólo para la supervivencia en un medio duro y pobre. Cumplió honestamente con este fin permitiendo la continuidad histórica, en condiciones dignas, de unas comunidades instaladas, a veces, en laderas de montañas paupérrimas.

La agonía de un modelo

La casa, como institución, se mantuvo sin tambalearse durante siglos. Mientras Sobrarbe fue una comarca muy aislada, encerrada en una economía agro-silvo-pastoral casi autárquica y sin flujos monetarios de consideración, la casa resistió incólume. Los primeros embates contra la estructura de la casa llegaron hacia la década de 1920, cuan-



Capitulaciones matrimoniales en Sobrarbe

do las obras de las infraestructuras viales y eléctricas trajeron a la comarca empresas que pagaban los salarios mensualmente. El trabajo asalariado abrió una puerta a los jóvenes que no eran herederos y también a los herederos poco sumisos ante la autoridad paterna. La tierra y el ganado ya no eran la única fuente de riqueza.

Tras la Guerra Civil hubo unos años en que todo retrocedió: la estructura de la casa recuperó el poder coactivo de la tierra como única posibilidad de subsistencia que había constituido siempre el sólido cimiento de la institución. Pero a partir de 1950 y sobre todo a partir de 1960 los fundamentos de la casa como institución se desintegraron, desaparecieron arrasados por las ofertas de trabajo que se brindaban en las ciudades y que llegaban, incluso, a las montañas.

Los tiones y los criados tomaron el camino de la ciudad. Los amos jóvenes también: no merecía la pena estar sometidos a la autoridad paterna para conservar los derechos a un patrimonio que apenas daba para sobrevivir y que no ofrecía ningún futuro a los hijos.

Entre 1950 y 1960 buena parte de quienes se casaron en Sobrarbe firmaron capitulaciones matrimoniales similares a las de sus abuelos y sus bisabuelos. A partir de 1960 las capitulaciones comienzan a escasear. Heredar la casa ya no era un objetivo apetecible: era una carga. Después de 1970 firmar capitulaciones se convirtió en algo tan anacrónico como traer a la novia en una mula engalanada el día de la boda.

Pero las viejas capitulaciones siguen atando el futuro de muchas casas de Sobrarbe. Los ancianos que ahora tienen ochenta años firmaron un pacto según el cual sólo uno de sus hijos o una de sus hijas heredarían todo el patrimonio. Aquello parece olvidado, pero si los padres mueren con ese olvido sus hijos han de reunir el apollado consejo de familia para nombrar al heredero único de un patrimonio que ya no se cultiva, de una vivienda que sólo se habita en verano y de unos montes cuyos límites, devorados por la maleza, nadie recuerda. Son los últimos coletazos de una institución que se resiste a morir.